

LOS ANCIANOS, TESOROS DE LA IGLESIA...

Queridos diocesanos:

El pasado domingo, día 27 de diciembre, la Iglesia celebraba el Día de la Sagrada Familia bajo el lema: “Los ancianos, tesoro de la Iglesia y de la sociedad”. A nadie se le oculta su intencionalidad: nos encontramos en un momento en que un utilitarismo grosero y una ideología intransigente están aniquilando la memoria agradecida y menospreciando la vida frágil.

No es infrecuente encontrar en las ciudades animales abandonados en su vejez que buscan desesperadamente una mano amiga que les dé un trozo de pan o simplemente les haga una caricia. Afortunadamente, estas situaciones encuentran eco en los medios en forma de denuncia: “no hay derecho a hacer esto a un animal que ha sido fiel acompañante de su amo”, se dice.

Por desgracia, esta misma cultura del descarte se llega a aplicar en el caso de los ancianos sin que muchas veces reciba el menor reproche. A muchos de ellos se les niega el pan y la sal justamente cuando empiezan a flaquear sus fuerzas, su mente se vuelve lenta y olvidadiza, su salud sufre quebrantos. Aquellos que han dado literalmente su vida para sacar adelante a sus hijos y mejorar la sociedad, que se han privado de multitud de cosas para darles una carrera y una vida mejor, que les han transmitido una sabiduría de la vida y unos valores culturales, morales, espirituales y religiosos, en el momento de debilidad, se ven abandonados por sus herederos.

Una vieja parábola narrada por Juan Carlos Bermejo recuerda una situación semejante: <<El abuelo se fue a vivir con su hijo, su nuera y su nieto. Al envejecer, comenzaron a temprarle las manos y a caérsele los guisantes, la leche... Entonces su hijo y su nuera decidieron ponerle una mesa en la esquina, e incluso le dieron un cuenco de madera para que no se le rompiera al caer. El niño lo observaba todo en silencio. Un día el padre observó que el niño jugaba con unos trozos de madera en el suelo; cuando le preguntó qué hacía, le respondió que estaba preparando dos tazones, uno para él y otro para su madre para cuando fueran mayores... Desde entonces, el abuelo regresó a la mesa con todos>>.

Frente a esta injusticia clama, no sólo la sospecha de que un día nuestros sucesores repitan con nosotros las malas prácticas que ahora realizamos con ellos, sino también la voz de Dios: “Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones, mientras viva”.

Además de no abandonarlo, aprovechemos su sabiduría, su experiencia, su consejo... El Papa Francisco ha recordado que los abuelos son un tesoro en la familia. Y añade: <<Por favor, ¡cuidad a los abuelos! Haced hablar a los abuelos. Acariciad a los abuelos, no los alejéis de la familia porque son molestos>>.

También en el campo pastoral se puede decir que la ancianidad es un tiempo fecundo: <<En la vejez seguirán dando fruto>> (Sal 91, 15). En efecto, el plan de salvación de Dios también se lleva a cabo en la pobreza de los cuerpos débiles, estériles e impotentes. Los ancianos, dice también el Papa Francisco, “son el eslabón indispensable para educar a los niños y a los jóvenes en la fe... pueden ser actores de una pastoral evangelizadora, testigos privilegiados del amor fiel de Dios”.

Recibid mi bendición.

+ Jesús, Obispo de Astorga